

nuo lamento, al eterno descontento de los nuestros, desconfiados siempre ó fingidamente obsequiosos con los señores, con algo de contraídos y cerrados, ignorantes é indiferentes por todo lo que no toca á su inmediato interés, me quedaba encantado al ver á los trabajadores tratarnos de igual á igual con desenvoltura alegre y cortés, al oírles razonar de administración y de política, echar brindis en los banquetes, exponer proyectos de reforma de las escuelas elementales, y dirigirme respecto á su país preguntas que ninguno de ellos, en Italia, habría hecho jamás ni por asomo. He conocido personajes curiosos, absolutamente nuevos para mí, especialmente por una cierta mezcla de afabilidad y de aire de importancia. Un campesino me dijo al oído, gravemente:—Diga en Italia que vengan, que aquí lo que nos falta son brazos: cabezas... las hay!—Y aludía evidentemente á su propia cabeza.—Otro me preguntó sonriéndose con aire bonachón agudo, con el

cual quiso darme á entender que había sofocado generosamente en su alma un antiguo rencor de contribuyente:—Y bien, qué es lo que hace nuestro Quintino Sella?—Varios me llamaban aparte para preguntarme con cierto aire inquieto y ansioso!—Así, en confianza—digamos—cómo va nuestra Italia? es respetada? es fuerte? está en buenas manos?—Porque esta es la grande y consoladora transformación que se ha operado en ellos. El sentimiento de la patria, que mientras estaban en su país, ó dormitaba en ellos bajo el ansia continua de como campar, ó estaba perdido en la confusión de los dos conceptos de la patria y del gobierno,—del gobierno que amenguaba el pan con los tributos y se llevaba los hijos con las quintas,—este sentimiento se ha despertado, vivificado en ellos desde que la patria no es más que un recuerdo de la juventud, desde que ellos mismos han izado sobre los tejados de sus casas y han visto tremolar en medio de las banderas de otros pueblos la

propia bandera, desde que su amor propio de italianos se han encontrado frente á frente y tal vez en pugna con el orgullo nacional de otras gentes. Por esto la imagen de Italia, se presenta á todos ellos bajo un nuevo aspecto, iluminada y como hablándoles por primera vez, y no en la forma del pueblo ó de la provincia, sino del Estado. Y cuanto más tiempo pasa, tanto más se ilumina aquella imagen y habla más alto. En todos, pero muy especialmente en los viejos y en los más cultos, he encontrado un concepto agigantado de la belleza de la naturaleza, de la importancia de los sucesos, de la transformación, de las ciudades, del poder de su país lejano. Y por más que todos hubieran salido forzosamente de su tierra, sin llevar consigo más que recuerdos de privaciones y dolores, no hay uno siquiera de ellos, ni uno solo, á quien haya oído una palabra amarga contra la patria. Antes bien encontré á más de uno que en toda reserva, fraternalmente, quejándose

de que no hubiera sido resuelta todavía, con respecto á la obligación del servicio militar, la cuestión de la nacionalidad de los hijos de italianos nacidos en América, me dijo con voz conmovida:—¿Cómo voy á ajustar este asunto, señor? Yo no me moveré ya más de aquí; pero no quiero que mi hijo sea un desertor. Hagan allá en la Cámara de los Diputados un poco de ruido para que nos quiten de encima esta mancha.

Dos faltas observé. La primera es esta. Sea á consecuencia de la costumbre antigua de no dejar ver los cuartos al prójimo necesitado de quien se veían rodeados ó un resto del antiguo hereditario terror del fisco, noté en los adinerados un estudio inquieto y constante de ocultar su bienestar. Mientras las casas de los colonos alemanes é ingleses, aun menos ricos, están blanqueadas y decoradas, de cualquier manera y aun

cuando no sea más que en el interior, las casas de los colonos italianos son por lo general toscas por dentro y por fuera, y en todo lo que no es de absoluta necesidad abandonadas. Aparte del lujo de la *volanta* y de los caballos, no viven de otro modo, al parecer, de como vivían en su país. Y nada más gracioso que la obstinación con que uno negaba á otro, en nuestra presencia, que fuera un propietario poderoso. Inventaban todo género de cavilosas excusas. Aquellas tierras que decían, sí, eran suyas, pero... no están aún pagadas por completo; ó bien tenían algún pleito sobre ellas; ó bien en el último año habían sido una verdadera ruina. Algunos, más diplomáticos, cuando se les preguntaba:—Cómo van sus negocios?—no pudiendo decir: van mal, y no queriendo decir: van bien—contestaban:—*De la salud no hay queja!*

Recuerdo á uno que no teniendo más remedio que confesar que era dueño de veinte concesiones de tierra, replicó instantá-

neamente:—Pero no crean que yo solo soy el dueño de ellas!—y preguntándole yo quien era el otro, pensando que quizá se refiriera á un copropietario, me respondió:—Es mi mujer!—Y estos mismos campesinos eran los que entre sí hablaban de ponerse de acuerdo para traer expresamente de Buenos Aires un maestro, pagado sin tacañería para que educara á sus hijos. Y si alguno dejaba escapar alguna expresión de complacencia por haber hecho fortuna, una mirada rápida y severa de la mujer, le hacía volver á entrar súbitamente en el disimulo de su riqueza. Este es uno de los defectos. El otro es más explicable.

No existe entre ellos odio ó aversión á las clases superiores, porque estas están fuera de su mundo: los señores no habitan en su casa y no lo tienen sobre su cabeza; no lo ven y no tienen nada que hacer con ellos. Pero entre los menos acomodados existe una amarga, airada envidia contra los que han hecho fortuna, más amarga y

más airada que la que existe en Europa entre pobres y ricos. Y digo: es explicable, porque todos se han visto por un cierto tiempo en las mismas condiciones, han sufrido de la pobreza juntos, y el espectáculo de la superioridad de los compañeros se hace más doloroso por el reciente recuerdo de la igualdad.

Sin embargo, tanto uno como otro defecto se ven compensados ampliamente por una común virtud, que es un espíritu de caridad admirable—facilitado en parte, ya se comprende, por el mayor bienestar común—pero producido principalmente por un sentimiento más vivo de fraternidad en aquella gran lucha de pocos contra la inmensa naturaleza, y por un sentimiento más delicado de la dignidad nacional, provocado por la presencia de otros pueblos. Cuando una desgracia precipita á una familia en la miseria, los amigos recorren en la volanta toda la colonia y en pocos días traen á la casa sin ventura un tesoro, lo

bastante para pasar por lo menos un año, casi siempre.

Y no sólo ocurre esto, deber es decirlo así, no ocurre solamente en las colonias de nacionalidad única, sino también en las colonias mixtas, en aquellos maravillosos tableros de ajedrez humanos, donde pasando de una finca á otra, se pasa de nación á nación, y se encuentra el colono alemán al lado del lombardo, el irlandés tocando con el belga, el vasco frente por frente del ruso, y por cada milla de calle cambian las estructuras de los rostros, el color de los ojos y del pelo y los usos domésticos y el lenguaje; y todos se comprenden en una lengua única y reina entre todos la paz y la armonía.

Cierto que también allí se lamentan de muchas cosas y con razón. Del gobierno lo primero de todo. La Constitución argentina

es sin duda una de las más liberales del mundo; pero es como la hermosa fachada moderna de un edificio, que interiormente no está terminado en parte, y que en parte encierra restos de la Edad Media; puesto que bien puede llamarse «edad media, en efecto, todo aquel período de tiempo durante el cual los varios elementos antagónicos de aquella sociedad, chocaban violenta y confusamente entre sí antes de aquietarse en la forma republicana federativa.» El progreso civil no pudo seguir de *pari pasu* al progreso económico. El gobierno es tal como puede darse en un pueblo, cuya historia ha sido, desde la guerra de la independencia en adelante, una secuela no interrumpida de guerras civiles, y una lucha casi continua con la barbarie, entremezcladas con un despotismo feroz de diez y ocho años. El organismo gubernativo obra como obraría el de un pueblo errante, que camina hacia meta precisa, mas también errante. Los colonos se quejan del gobierno nacional

y del gobierno provincial, más preocupados de las luchas políticas que de las cuestiones administrativas; de las convulsiones interiores que turban con demasiada frecuencia su trabajo y ponen en peligro sus frutos; se quejan de las crisis financieras producidas por prodigalidades insensatas, ó como la última, por un equivocado sistema monetario; se quejan de que la obra emprendida para la difusión de la instrucción pública se quede demasiado atrás con respecto al rápido ensanchamiento del territorio habitado.

Hay más. «Algunos de los más honrados y sabios fundadores de colonias confían sus vastas empresas á ejecutores de segunda mano que no tienen ni sus escrúpulos ni su inteligencia». Las autoridades judiciales, se comprende, se inclinan á favorecer á los hijos del país. Los agentes de la fuerza pública, recogidos de entre todas las especies de elementos sociales, no se conducen siempre de un modo digno de un gobierno libre y civilizado.

Y no es esto todo. El argentino es generoso, sin duda alguna, tiene todos los ímpetus violentos y nobles de la juventud irreflexiva y caballeresca, es franco, jovial, hospitalario; pero tiene siempre, y no hay porque culparle, el orgullo de primer señor de su tierra; mira un poco por encima del hombro á toda aquella pobre gente que ha tenido que abandonar su patria para irse á buscar la vida en la ilimitada llanura que él conquistó y les concede; y un vago temor de ser dominado por la población inmigrante le hace sentir con frecuencia la exigencia de poner á raya con una palabra altanera á sus huéspedes; y si el nombre de *gringo* que él da al extranjero no tiene ya el significado mortalmente injurioso que tuvo un tiempo, conserva sin embargo todavía una sombra ligera de desprecio que le hiere en lo más vivo del corazón. No son oprimidos por las leyes nuestros colonos; pero, aun cuando no haya ocasión de rozamientos ó de conflictos, sienten algo á su lado ó sobre

sí que les está diciendo continuamente:— Vosotros no estáis en vuestra casa.—Y añadid á todo esto, que todos sufren los inconvenientes de la exigua fuerza colectiva de la colonia italiana; la cual si bien es la más numerosa, no es ciertamente la más influyente, porque es la más esparcida entre las ciudades y las campiñas, porque está formada en su mayor parte de las clases menos cultas, porque no se ve sostenida por sociedades poderosas y porque no está ligada sino por muy escaso comercio con la patria; y también porque la disparidad de la índole y de los trabajos es motivo para una falta lamentable de unión moral entre las inmigraciones de las dos partes extremas de Italia.

*

Por todas estas razones aun los más afortunados claman por su país, y varios vuelven, ó sólo por algún tiempo ó con el firme

propósito de no abandonarlo más. Pero, he aquí lo que entonces ocurre en la mayor parte de los casos. Apenas han vuelto, además de la tristeza de ver, después de tantos años, cambiadas muchas cosas y tantos huecos como ha hecho la muerte—además de la pena de no encontrar que su patria responde en todo á la imagen embellecida que de lejos se habían formado—bien pronto adviertan, con sorpresa y desprecio, una transformación grande en la propia condición social.

Allá lejos, como cultivadores de la tierra, habitantes de una parte del mundo, rebecha por ellos, no tenían ninguna clase de ciudadanos inmediatamente sobrepuesta á la suya: aquí, por el contrario, sienten de nuevo sobre sus hombros todo el edificio jerárquico de la sociedad antigua. Allá los colonos, acomodados y miembros de la administración municipal, valían algo, eran, ya por sus riquezas, bien por cierto grado de instrucción, de los primeros entre la ve-

ciudad; aquí, se vuelven á encontrar de nuevo por uno y por otro motivo entre los últimos. No pueden sumarse con los señores y se encuentran fuera de lugar entre los campesinos. Se quedan como aburridos, fastidiados por la falta de espacio, por la vida mezquina; contrariados por mil costumbres é ideas á que no estaban habituados hacía mucho tiempo. Experimentan la desazón—para servirme de una comparación que yo mismo oí á uno de ellos—del que, acostumbrado á vestir un traje amplio y suelto, se encontrase metido en un traje muy medido y escaso para su persona.

Y comienzan, por resentimiento, á cantar las magnificencias del mundo que han dejado; luego, poco á poco, lo ven realmente mejor de lo que ellos juzgan—y luego lo desean—y por fin se vuelven allá. Estos nos hablan de la patria con efecto, con tristeza quizá alguna vez; pero fijando la mirada sobre aquel gran horizonte en donde habían visto surgir el sol de una segunda

vida, parecía que dijese:—La tierra en que hemos nacido, esa quedará eternamente en nuestro corazón; pero nuestro último aliento, pero nuestros huesos los recogerá esta, en que han nacido nuestros hijos, esta que conquistada por nuestros huéspedes á la barbarie, fué reconquistada por nosotros á la naturaleza.

Este es su mayor orgullo, el haber sido y ser la gran legión de los roturadores, de los comedores de tierra, como allí les llaman, de los devoradores de leguas cuadradas de desierto, el cual se abre, verdea y se cubre de oro bajo sus pies. Y con verdadero orgullo describen y ensalzan la obra de sus vanguardias, de aquellos que trabajan más allá de los confines de las tierras cultivadas en fundar nuevas colonias; alejados de toda habitación y de todo camino, acampados como beduinos, expuestos á la intemperie, amenazados por los indios, constreñidos por el hambre, solitarios é impertérritos frente á su gran enemiga. Se consideran y

son verdaderamente un ejército, y como soldados de guerra recuerdan las batallas, los muertos, los heridos, las traiciones, los reveses. Porque la emigración tiene sus lutos terribles: familias que llegan allí ya extenuadas, y que perdiendo su jefe al llegar, se quedan en la miseria; otras que, atraídas por mentidas promesas á tierras estériles é insalubres, dejan en ellas la vida en medio de la desesperación; otras, víctimas á un tiempo de la ignorancia, de la perfidia humana y del acaso, contra las cuales parece que se ensafian por largos años todos los espíritus infernales. El gran ejército vence y avanza; pero regando el campo de sudor, de llanto y de sangre.

*

En semejante lucha, una parte grande y piadosa corresponde á las mujeres, son ellas á quienes cuesta más trabajo la emigración, más difícil el hacerse á aquel mun-

do y á aquella vida nueva. El hombre tiene la lucha violenta con la tierra que le cansa y le distrae; pero la mujer, ocupada en trabajos que dejan su inteligencia libre, piensa y se roe el alma. Como en las otras colonias hice una visita con mi amigo, á muchas casitas lejanas, y hablé con varias campesinas. Pobres criaturas! Algunas me contaban las angustias de los primeros días: los maridos trabajando la tierra á gran distancia, hasta de noche á la luz de pequeños faroles colgados al timón del arado y en los cuernos de los bueyes, y ellas solas los días enteros y las noches en medio de aquella llanura sin fin que les llenaba de miedo como un Océano.

—Ah!—decían en los primeros días:—Mucho mejor un pedazo de pan en el Piamonte que ser señores aquí! No viviremos por mucho tiempo en este país!—Y lloraban, y hubiesen querido volverse á Italia enseguida, á todo riesgo y sufriendo todo género de sacrificios. Luego, poco á poco, se habían

ido haciendo, pero siempre con dificultad. —Ahora van mejor los negocios—me decían—pero nuestros pensamientos, nuestras afecciones estarán siempre allá, donde dejamos nuestros muertos.—Y nos enseñaban los recuerdos de familia, fotografías amarillentas, mechones de pelo metidos en los cuadritos colgados en la pared, entre los retratos de Garibaldi y de Víctor Manuel, y hojas de periódicos viejos ilustrados, con la figura de Italia coronada de torres, clavadas en los armarios. Una de ellas se excusó de no haber sacado la bandera italiana, como habían hecho las demás, diciendo que el viento se la había hecho jirones y estaba precisamente cosiéndola con cuidado en la falda. Recuerdo muy bien la exclamación apasionada de una pobre piamontesa, de quien se decía que sufría horriblemente del mal del país: cuatro pobres palabras que valían un poema sobre la nostalgia. Presentándome de improviso delante de ella, le pregunté de que parte de

Italia era. Me contestó suspirando:—De Pinerolo.—Yo vengo de Pinerolo—le dije.—*Ah! Santa María Virgen!*—exclamó juntando las manos; y durante un rato no abrió más la boca.

Algunas me enseñaban con gran complacencia los cuadernos que sus niños hacían en la escuela, que escribían en italiano y en español, porque la enseñanza del español es obligatoria. Varias tenían razones particulares de pesadumbre: una de no tener tiempo para cultivar un poco de huerta, como en Italia, donde tenía tantas lechugas hermosas y tantos rábanos; la otra por no poder charlar cuatro palabras con las amigas á causa de las grandes distancias, las cuales en efecto, hacen bastante difíciles en las colonias los placeres del corro y de la charla femenina. Encontramos también más de una que se lamentaba de la pobreza de la iglesia, de las raras funciones religiosas, del poco tiempo dedicado generalmente «á las cosas del alma». *Trigo, plata, pla-*

ta, trigo—nos dijo una buena lombarda, y no se habla jamás de otra cosa; que Dios nos perdone! Como acabarán estos pueblos, da espanto pensarlo! Y casi todas deseaban volver á su patria, antes de morir, al menos una vez, al menos por un mes, para volver á ver á su padre y á su madre, el pueblo, aquel rincón del cementerio, aquel valle, aquellas montañas. Y no se puede explicar la expresión de la palabra prolongada con que nos decían adios, un adios mudo, lleno de una ternura y de una tristeza que no se refería á nosotros, pero que por lo mismo nos hacía impresión más honda. Más de una, por lelicado instinto, nos presentaba á sus niños en brazos al desearnos buen viaje, diciendo:—*Da un beso á este señor que se vuelve á nuestro país.*—Y salía fuera de la puerta para vernos marchar. Y la vista de lejos de aquella pobre campesina italiana, con un niño en brazos nacido á orillas del Paraná, con otros niños á su alrededor nacidos en Italia, delante de aquella pobre

cabaña solitaria sobre la cual se mecía al viento la bandera nacional, en medio de la ilimitada pampa de América, representaba para nosotros el amor de la patria y la santidad de la familia en la forma más poéticamente dulce, triste y solemne que pueda concebir la mente humana.

*

En suma nos pareció que la familia de los campesinos era la parte de nuestra emigración más sana, más benemérita y que más honor hace al país. Y quizá este juicio sea dictado por una predilección del corazón. ¿Pero no es justa la predilección? Es esa clase al fin el gran fundamento sobre el cual todo el edificio social se apoya y se levanta; y mientras es la clase que de la unificación y de la libertad ha recabado las menores y menos directas ventajas, es sin embargo la que ha dado á aquel empeño la mayor copia de sacrificios y de sangre,

la que todavía forma el nervio de nuestra fuerza: es la única clase absolutamente necesaria, la gran nodriza austera, de la cual todos sacamos la vida, á quien todos pedimos la salud y el vigor de la nación. Y su viejo orgullo latente es legítimo, y la ignorancia no culpable, y el mundo que ha hecho del nombre suyo casi un aditamento de desprecio es cruel y estolidamente injusto é ingrato. Que si en su país, en las condiciones ordinarias, no nos aman, esto es lógico: sus desconfianzas y sus aversiones no son más que una forma de defensa y el efecto de una amargura acumulada por siglos. Mas apenas les encontramos y les tratamos fuera del círculo de los intereses y de los sentimientos que nos hacen chocar, renace en nosotros la simpatía irrefrenable por el hombre primitivo, por nuestro padre antiguo, por aquel que es como nuestro sustituto hereditario en el gran servicio de soldados que debemos á la tiranía de la tierra. Y por esto es por lo que

antes que nuestro corazón de patriotas, se vió satisfecha nuestra conciencia de hombres al ver en otro mundo, sino toda, al menos una representación de aquella clase, rehecha y ennoblecida por la fortuna.

*

En tales cosas pensábamos en aquellos días, que fueron demasiado cortos. El de la marcha no fué alegre.

Cuando nos íbamos nos quisieron acompañar durante varias millas hacia la ciudad de Santa Fé. El convoy de las *volantas* se formó y salimos al galope á través de una ligera niebla blanca, encendida por los primeros rayos del sol. La campiña era siempre la misma de los días anteriores: inmensa y triste. Sólo de media en media hora, encontrábamos una larga fila de aquellos extraños carros de la pampa, de colosales ruedas, tiradas por tres pares de bueyes, semejantes—á lo lejos—á casitas suspendi-

das en el aire—ó á una de aquellas carretas de comerciantes napolitanos, tiendas ambulantes donde llevan un poco de todo, arrastradas por seis ó siete caballos, que pasaban como un torbellino y se perdían de vista apenas encontradas. Recuerdo que el camino estaba en muchos sitios gris por las palomas salvajes, y que por los campos había muchos *pechos amarillos*, pájaros preciosísimos, con todo el cuello y la pechuga de un amarillo maravilloso; y de algunos árboles salían huyendo nubes de torcos negros. La niebla desapareció y se quedó un día espléndido. A algunas millas de camino, comenzaron las separaciones. Pero después de habernos saludado y de haber caminado un trecho hacia su casa, muchos colonos, con gentil pensamiento, volvían de nuevo la *volanta* y se unía otra vez á nosotros, nos pasaban delante é iban á esperarnos á una revuelta lejana del camino, para dirigirnos una palabra y un saludo más.

Todavía una decena de ellos nos siguieron más lejos, entre los cuales estaban los dos fieles campesinos que nos habían acompañado á la colonia del Pilar. Y estos no nos abandonaron ya. Les encontré á mi lado por las calles de Santa Fé, en el patio de la fonda, en los salones del Club italiano, entre la multitud que festejaba la inauguración de los trabajos del ferrocarril de las Colonias. Y á lo largo de la orilla del Riacho, á media noche, cuando fuimos á embarcar, aun estaban á nuestro lado—subieron con nosotros al vapor y no se separaron hasta el momento de la salida, siendo los últimos en bajar después de habernos echado sus brazos al cuello y acercado al nuestro sus rostros quemados por el sol, por alguno de los cuales corrían las lágrimas. Ya se deslizaba el vapor sobre las aguas del río y todavía seguía viendo en la orilla oscura el grupo de mis buenos colonos, que me enviaban el último adios, agitando sus brazos en alto como para enviar

aquel adios por cima de nuestras cabezas á la patria inmensamente lejana.

*

Estos son los recuerdos que traje de las colonias que yo ví, que son las mejores de la Argentina. Tocar la cuestión económica de la emigraación no es mi oficio, ni sería este el lugar y la ocasión. A otros corresponde juzgar, entre los que no ven en la emigración más que el daño de una resta de brazos y de dinero á la madre patria y exhortan al gobierno á impedir la con todas sus fuerzas; y los que por el contrario, ven en ella, en estas colonias espontáneas y libres, que nada cuestan al Estado, que dilatan el campo del tráfico de Italia, que le envían en parte el fruto de sus ahorros, ampliamente compensados los daños que los otros lamentan. El hecho es éste: que la emigración existe, y que la última gran información agraria ordenada por el Gobierno

italiano, y llevada á cabo por ciudadanos eminentes de todas las escuelas y de todos los partidos ha demostrado por manera irrefutable las causas inmediatas é imperiosas; el hecho es que mientras nosotros discutimos, salen á millares. Hay pues un deseo que manifestar, del cual nadie puede disentir, cual es el que nuestro Gobierno haga cuanto esté en su mano para que esta vasta emigración, que él no puede prevenir ni debe estorbar, marche organizada, ayudada de consejos al salir, no hacinada en los vapores como lastre humano despreciable, protegida al arribo contra los abusos malvados de los traficantes de la miseria; con lo cual, al menos se logrará que no se haga disipación y mercado de toda esta sangre que huye de las arterias de la patria. Esto es de desear y no sólo por razones de humanidad, sino porque cuando la historia de América pague solemnemente la deuda de gratitud á la obra gigantesca de los colonos italianos, sería demasiado doloroso para su

patria el recordar que no había hecho nada por adquirir el derecho de mostrarse orgullosa de ella. He dicho deuda de gratitud, y con este sentimiento, al terminar, mando un saludo á aquellos valientes trabajadores que ensanchan con el arado los confines del mundo civilizado y á sus mujeres valerosas, á quienes el abandono de la patria ha despedazado el corazón, pero no entibado la caridad, ni amenguado las energías. El saludo no es más que de un pobre amigo suyo; pero repercutiendo en vuestros corazones, pasará el Océano, remontará el gran río y llegará hasta sus cabañas, donde será acogido con el mismo afecto con que es enviado.
